

## UN DÍA EN LA FACULTAD DE COMERCIO Y GESTIÓN

Aquella mañana como cualquier otra, entré en la cafetería de la facultad para refugiarme del frío que solía acompañar a las mañanas de invierno. Como cada día me acerqué a la barra y pedí mi café con leche fría, para evitar abrasarme la lengua mientras lo bebía. Mientras esperaba, me llegaba el suave olor al beicon que se calentaba en la plancha para aquellos valientes que se atrevían a pedir un pitufo de beicon y queso a las ocho y media de la mañana.

Cuando me sirvieron el café me senté en una de las mesas del fondo de la estancia, que estaban más separadas de las puertas y donde el frío llegaba con mayor dificultad. Era imposible no sonreír para mis adentros al ver al resto de estudiantes que, como yo, madrugaban para llegar con tiempo a clase y se sentaban a mirar como bobos sus móviles. Lo cierto era que me gustaba imaginar cómo sería la vida de aquellos estudiantes que se sentaban tan cerca de mí.

Estaba inmerso en mis pensamientos cuando apareció por la puerta de la cafetería una joven que me dejó sin respiración; cada paso que daba no la hacía caminar, sino que era como si estuviera bailando sobre el suelo, casi como si volara. Se acercó a la barra y esperó su pedido y más tarde se sentó en una mesa lo suficientemente cerca de la mía para que pudiera observarla con detenimiento pero sin ser advertido. Tenía el pelo corto, justo por encima de los hombros, un tanto despeinado, con las puntas hacia arriba; sus ojos eran castaños color almendra y con un suave matiz dorado; sus rasgos eran suaves y delicados, y su piel blanca como el mármol; aquella muchacha parecía haber sido tallada por el mismo Miguel Ángel y con el mismo cariño que un lutier talla un violín. Era menuda y muy delgada, pero a la vez perfectamente proporcionada, y su vestido corto, bajo aquella chaqueta vaquera, tenía una textura vaporosa que la hacía más propia de un cuento de hadas.

De repente el móvil que había dejado sobre la mesa comenzó a vibrar y me sobresaltó, lo que a su vez alertó a la misteriosa muchacha, que me miró fijamente. Ruborizado y un tanto aturdido miré el móvil; era Clara que acababa de llegar y quería saber si estaba en la cafetería; casi al instante apareció por la puerta con uno de sus enormes bolsos que tanto la caracterizaban. Clara se había convertido en mi mejor amiga allí en la facultad, aunque he de reconocer que en un primer momento no me pareció una persona que conectara demasiado conmigo. Era la persona más habladora que jamás había conocido, siempre tenía tema de conversación, anécdotas que contar o datos que observar; pero cuando tenías algún problema, te escuchaba con detenimiento y hacía lo posible por encontrarle solución, o al menos conseguir que te sintieras mejor. Era una persona realmente formidable.

-Mueve el culo de tu asiento o vamos a llegar tarde a clase - dijo con aquel tono borde que se contrarrestaba con la sonrisa burlona que ponía cada vez que estaba de broma. Pero era cierto, eran las nueve menos dos minutos y yo seguía sentado en la cafetería ensimismado con la muchacha sin nombre. Cogí mis cosas y nos dirigimos a clase. Dos horas escuchando a

un hombre que estaba allí para compartir sus conocimientos con los que serían el futuro de nuestra civilización. Normalmente prestaba atención y tomaba notas, pero aquel día no podía dejar de pensar en la joven de la cafetería que daba vueltas en mi cabeza como una peonza.

A la salida de clase me dirigí hacia la parte exterior de la cafetería, donde el sol daba de frente y las sillas y mesas permitían pasar cómodamente la media hora de descanso. Pero aquel día el sol brillaba con más intensidad, porque la chica misteriosa estaba sentada apenas a unos metros de donde acostumbraba a sentarse mi grupo. De repente, la joven clavó sus cálidos ojos en mí, y una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro. Mi cuerpo se paralizó por completo, no sabía cómo reaccionar, apenas podía parpadear y una horrible y vergonzosa mueca cruzó mi rostro. Pero para mi sorpresa, la joven en vez de asustarse, amplió aún más su sonrisa y tras unos segundos, apartó la mirada de mí para seguir hablando con las que parecían sus amigas.

Había desperdiciado mi oportunidad. Molesto, me dirigí a la segunda clase, esta vez estaba decidido a prestar atención y así quitar de mi mente, aunque solo fuera por dos horas, a la joven muchacha que me había tenido todo el día meditabundo. Pero cuando entró el profesor, no lo hizo solo, para mi sorpresa lo acompañaba la jovencita de pelo corto y pies de bailarina.

-Hola me llamo Alicia y estoy aquí para presentarles un programa relacionado con esta asignatura en el extranjero- su voz era melodiosa, incluso más bella de lo que me había imaginado. Resultaba ser una alumna que estaba decidida a aplicar los estudios aprendidos a la ayuda en el extranjero, en países tercermundistas. Sin pensármelo dos veces me presenté como voluntario, esperanzado de tener así la oportunidad de poder conocer más a Alicia. Rellené un pequeño formulario con mis datos y la joven se fue, llevándose consigo toda esperanza y dejando en mi interior un vacío que me sorprendió y a la vez me asustó. Yo no era aquella clase de chicos, pero esa muchacha realmente me había enamorado a primera vista.

Tras despedirme de Clara y de los demás me dirigí al aparcamiento exterior, donde tenía aparcado mi viejo Opel Vectra color oliva al que tanto cariño tenía. Pero fue cuando me disponía a arrancar el coche, cuando vislumbré a la joven delante mía con una mueca molesta y la mirada fija en su Fiat 500 color crema. Bajé la ventanilla del coche y le pregunté si se encontraba bien. - Mi coche no arranca, está completamente muerto, y necesito llegar a una reunión en 20 minutos - dijo con un timbre de desesperación. -Yo puedo llevarte si quieres- le sugerí armándome de valor. Para mi sorpresa la joven aceptó agradecida y se subió a mi coche. - Te sueles fiar de los extraños? - le pregunté con una sonrisa. - No, pero tú no eres del todo un extraño, te vi esta mañana en la cafetería y en el descanso, y te has presentado al voluntariado, así que no creo que seas mala gente.

Esas fue la primera conversación que tuve con Alicia, a la cual siguieron muchas más. La nuestra fue una relación de cuento, y todo aquello surgió a raíz de un día cualquiera en la facultad de comercio y gestión.